

CAPÍTULO XII.

Virtudes católicas.

I. La humildad es una abyeccion del ánimo.—II. La paciencia es la virtud de los imbéciles.—III. Sirven sólo para formar Luises ó Estanislao, pero no Césares ó Escipiones.—IV. Menospreciar la tierra por el cielo.

Que se podia declamar contra el vicio, todos los sabiais; pero que se pudiese descubrir que las virtudes eran dignas de reprension, es una verdad del siglo pasado, puesta en boga en el nuestro. Las mismas virtudes parecen á no pocos dignas de censura, cuando son promovidas é inculcadas por la Iglesia católica. Cuatro son, empero, entre todas, las peor comprendidas; á saber: la humildad, la paciencia, la huida del mundo y la continencia. Sobre cada una de ellas hay máximas y axiomas realmente maravillosos.

I. La humildad es una degradacion del hombre, que no conoce su dignidad; la paciencia es la virtud de los débiles y de los flacos, y como decia un grande hombre, que lo debia saber por experiencia propia, la virtud de los borricos, y no forma ciudadanos; la huida del mundo, á lo más, nos dará Luises ó Estanislao, pero no Césares, ni Pompeyos, ni la Compañía de las Indias, ni la satisfaccion á las necesidades que la moderna civilizacion ha creado. Detengámonos aquí por ahora.

Antes de contestar directamente, séame lícito hacer una observacion general, que bastaria por sí sola para destruir todas estas profanísimas dificultades. ¿Es verdad que Jesus se hizo modelo de todas estas virtudes, practicó la humildad, y la recomendó hasta el punto de proponerse como tipo de la misma? ¿Que ejercitó la paciencia en todo linaje de

injurias? ¿Que durante treinta años vivió escondido fuera de toda comunicacion con el mundo, en una vida de retiro y abyeccion? Quien no quiera borrar todo el Evangelio, habrá de confesarlo. Ahora bien. ¿Cómo no basta tal ejemplo y tal doctrina para que mueran en los lábios las palabras de todos los que quieren reprender las virtudes sobredichas? Más aún. ¿Cómo no han hecho caer la pluma de la mano de los que han escrito tan infamemente? Hubo en todos tiempos hombres que trataron á la virtud como enemiga; mas propiedad del siglo actual es que, no sólo se cometa el mal, sino que descaradamente se defienda como bien: *Dixerunt malum bonum, et bonum malum.*

Vengamos directamente á la respuesta. Dicen que *quita la humildad al hombre el sentimiento de su dignidad.* Temo mucho que quien así habla no ha formado buen concepto de lo que es la humildad cristiana. No es más que una viva luz del entendimiento que nos descubre con toda claridad lo que somos, ya en el orden de la naturaleza, ya en el de la gracia: es un íntimo convencimiento del corazon para tratarnos y permitir que nos traten conformemente á lo que valemos. Sé bien que hay quien imagina otra cosa, y á creer llega que es un engaño devoto, por el cual algunos procuran reputarse lo que no son; pero la humildad es, por el contrario, sólo purísima verdad. Por donde el verdadero humilde no desconoce ninguno de los dones que posee. Si se halla con ingenio feliz, rectitud y bondad de corazon, ó se siente ajeno á ciertas inclinaciones que arrastran á otros; si se conoce señalado por alguna otra prerogativa de naturaleza, ó de gracia, no le está prohibido reconocerla, porque, segun advierte Santa Teresa, ¿cómo podria dar gracias á Dios si no conociese lo que le fué otorgado? Añade sólo á este conocimiento la persuasion íntima de que no goza de aquellos bienes por sí, sino de que le han sido misericordiosamente dados, y de que, hallándose, por su parte, desnudo de todo bien, no puede atribuírselos, ni complacerse de un modo vano, ni pretender la estimacion de los hombres, y mucho

ménos despreciar á los demás que no han sido tan rímicamente galardonados. Ahora bien. ¿Qué hay en todo esto que pueda desposeer al hombre del sentimiento de su dignidad? Mucho hay, por el contrario, que debe volverlo magnánimo y generoso. Reconociendo el humilde su parte, así como la de Dios, y no usurpando nada de lo que no es suyo, ejercita una perfecta justicia, fundándose en la paz y en la verdad, lo cual constituye la fuerza del alma para cualquier empresa difícil. Su conocimiento de lo que tiene y de la fuente de donde lo ha recibido, no puede ir separado de un gran sentimiento de gratitud y de amor hácia El que ha sido tan munífico y liberal. No se puede ponderar hasta qué punto esta gratitud y este amor dan confianza para impetrar todos los auxilios necesarios, y por consiguiente fuerza y valor á un para las cosas árduas. ¿Cómo podremos prometernos grandes cosas de Dios, observa de nuevo Santa Teresa, si no nos sentimos amados por El? Ciertamente algunos teólogos graves, entre los que puedo citar á Vazquez, vieron tan relacionadas la magnanimidad y la humildad, que las defendieron como idénticas, y enseñaron que la verdadera magnanimidad no era si no la humildad cristiana.

Y sean lo mismo, ó estén estrechamente unidas, es cierto que nadie en el mundo ha tenido un espíritu tan grande y generoso como los profundamente humildes. Vicente de Paul, sin un palmo de tierra que pueda llamar suyo, acomete la empresa de mantener legiones de Hermanas, millares de niños abandonados, pobres sin número, y en tiempo de carestía, toma sobre sí la carga de proveer de grano, no á algunas familias, sino casi á provincias enteras, con una largueza que hubiese asustado á un gran Emperador, y lo consigue. Teresa de Jesus, humilde virgencita cerrada entre las cuatro paredes de su convento, emprende la obra de reformar toda una gran Orden religiosa, y en medio de innumerables oposiciones de literatos, de príncipes, de amigos y de adversarios, no desiste hasta despues de haber puesto en pié más de treinta casas nue-

vas en pocos años, y reformado muchísimas otras. Francisco Javier, de humildad tan profunda que no se atreve á escribir á su superior sino de rodillas, que en las galeras se contenta con hacer de mozo de servicio de la chusma más vil, que se juzga gran pecador, y se trata como tal, concibe la idea de conquistar para Dios todo el universo, y evangelizadas en diez años las Indias, el Japon y otros innumerables reinos é islas, se hace llevar á la China con el designio de recorrerla toda, con los Estados anejos, echarse despues en la Rusia y en la Persia, y avanzando por el Occidente, volver á Roma cargado con los despojos de un mundo entero para Jesucristo. Al lado de la magnanimidad de los Santos, ¿qué son las empresas de los más famosos conquistadores, que no se atrevieron á grandes cosas, sino porque podían disponer de muchedumbres desmesuradas de hombres, y de tesoros excesivos?

Pero la humildad nos prohíbe gozar de los honores y complacernos en las alabanzas de los hombres. Certísimo, y es razonable que así suceda, porque aquel goce y aquella complacencia no serian sin gran injusticia. Porque si bien es positivo que por la libertad que nos ha dado el Señor tenemos parte nuestra en las obras, es certísimo que la principal es siempre de Dios, así como que tambien es don suyo la libertad de que nos servimos: sería, por tanto, una gran injusticia usurpar para nosotros lo que le pertenece. No pueden, pues, la verdad, la religion y la piedad no prohibir altamente que se cometa tal hurto. La religion añade despues otra verdad admirable; á saber: que Dios ha marcado dos partes en nuestras obras: la utilidad que de ellas proviene, y el honor que redundá de las mismas. Lo útil nos lo cede todo, porque no lo necesita; mas no puede cedernos el honor, porque siendo el fin de todos los seres como en su principio, podía no crearlos; pero toda vez que nos ha creado, no puede ménos de exigir que todo ceda en gloria suya.

Por lo demás, vereis toda esta verdad con un argumento más claro. ¿No os parece digno de estimacion lo que hace á los hombres grandes y heró-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

cos? Ciertamente sí. El mundo mismo mira como un héroe al que, haciendo acciones dignas de alabanza, las mira con desden, y miéntras leensordecen los aplausos, muestra un espíritu superior á todos ellos. El mundo mismo, pues, hace justicia á los despreciadores de la vanidad, y viene á enaltecer con su voto á los humildes. Por el contrario: ¿cómo trata el mundo á los que por vanidad buscan alabanzas? Apenas se apercibe, los excomulga con sus befas y con sus irrisiones: tanto es así, que áun los no humildes fingen serlo, y muestran rechazar alabanzas por miedo de que los censuren aceptándolas ó mostrándose deseosos de obtenerlas. Hasta la hipocresía, tan comun en el mundo en estas ocasiones, viene á deponer en favor de la humildad.

Lo que objetan algunos sobre los esfuerzos que deben hacer los Santos para persuadirse de que son los hombres más perversos y los más grandes pecadores de la tierra, nace sólo de alcanzar mal lo que dicen los de gran virtud. No quieren decir, cuando se reputan tan pésimos, que crean estar actualmente en pecado, y mucho ménos en aquellos pecados gravísimos que saben con certeza cometen muchos. Si lo creyeran, no se atreverían á dirigirse al altar, para lo cual se requiere la gracia divina. Quieren decir sólo que si no hubieran recibido las gracias inefables que han recibido, por lo que se refiere á ellos, estarían envueltos en las mayores iniquidades en que yacen los más grandes pecadores. Y esto tanto no es un esfuerzo inaudito y una persuasion ridícula, que es un sentimiento justísimo de la propia corrupcion y perversidad. No hay un mal cometido por un hombre, que no pueda cometerle otro: algunos que verdaderamente fueron Santos, y grandes Santos en un tiempo, acabaron por ser gravísimos pecadores: ¿quién puede vedar razonablemente á un hombre nutrir este saludable temor de sí mismo? Y tanto más si se considera que tal temor es luégo la mayor salvaguardia contra las caidas posibles, porque la desconfianza de sí propio desvela el alma para las precauciones, la ora-

cion ferviente, el alejamiento de los peligros, y la confianza en Dios.

II. Venimos á la paciencia, *la cual*, segun algunos, *es la virtud de los imbéciles y de los borricos*, y sólo sirve para formar *Luises ó Estanislao*s, pero no *Césares ó Escipiones*. Estas palabras, que lograron celebridad en estos últimos tiempos por haberlas pronunciado impetuosamente un autor casi pagano, y repetido muchos de la misma laya, no sabria decir si son más absurdas en filosofía que blasfemas en religion.

En filosofía ciertamente es verdadero todo lo contrario, porque no hay fortaleza mayor que la del que sufre mucho. Y para que nadie se figure que salgo con una oscuridad metafísica, ¿qué quiere decir *padecer*? Padecer es sufrir, sostener, perseverar con firmeza en cosas árduas, difíciles, laboriosas, duras y penosas: ¿son acaso los imbéciles los que tienen la virtud de hacer todo esto? En otras épocas se creia, por el contrario, que los imbéciles eran los que nada podian emprender árduo y trabajoso; ahora se nos viene á decir que lo son los que lo soportan. La cosa es á la verdad nueva y bastante irracional. Ved los efectos que provienen de la paciencia ó de la falta de la misma, y comprendereis de súbito en qué lado está la imbecilidad. El impaciente en las injurias, ¿qué hace? Recurre pronto á la venganza: ¿qué más es la venganza que una impotencia ó flaqueza de ánimo, que al verse arrebatado el bien del honor ó de la estimacion, ó al sentirse infligir la pena de un deshonor ó de una infamia, se sale de sí y corre prontamente, sin consideracion á los derechos de Dios, que ofende, y á las leyes, que pisotea, á reivindicarse aquellos bienes, ó á renovar aquellos males, porque se siente sin fuerzas para soportarlos? Es, por tanto, un imbécil, miéntras el paciente muestra un ánimo firme y generoso, es dueño de sí y de sus pasiones, por lo cual vence á su enemigo, salva los derechos divinos y los del prójimo; es magnánimo, por consecuencia, en grado heróico, y lo ve áun el mundo, que, á pesar de ser tan corto de vista, ensalza mucho

al que, pudiendo vengarse, perdona noblemente.

El impaciente en los dolores y trabajos de la vida, ¿qué hace? Se abandona, se desespera, y á veces se suicida. Ahora bien. Esto, ¿qué es sino una extrema debilidad? Se halla este misero en lucha con la pobreza, con la infamia, ó con otra calamidad cualquiera. Esta lo estrecha, lo inquieta y lo aflige. El combate se hace más duro, y principia á ceder. Primero se abate su ánimo, luego se desespera, y al fin, dándose por vencido, recurre á un veneno ó á un lazo para que cese un padecimiento que no puede sufrir. ¿Quién no ve aquí la flaqueza y la imbecilidad de un hombre que cede?

Aun la paciencia, como virtud cristiana, de los motivos por que sufre saca excelencia y sublimidad inmensamente mayor. ¿Por qué padece el cristiano? ¿Por valentía estoica, ó para desplegar así la fortaleza de su alma? Precisamente por esto. Sufre por motivos verdaderamente superiores á los humanos. Padece males presentes, terribles, diuturnos por motivos sólo de fé y en virtud de bienes lejanos, por amor á un objeto que no tiene á la vista, por esperanza de lo que le será dado en la eternidad; todo esto en él no es más que la obra de la fé, ó, lo que vale lo mismo, del acto más generoso que puede hacer un alma elevada sobre sí propia por la gracia divina. Y que así es, lo demuestra el mundo entero con sus juicios. Aun á sus ojos, ¿quiénes han ganado mejor los nombres de magnánimos y de generosos que los mártires de Jesucristo? Son merecidamente considerados como los hombres más intrépidos que han existido en la tierra, hasta el punto de que cuando queremos decir que un hombre se sacrifica noblemente, le llamamos mártir, si bien reconocemos que en la aplicacion de tal elogio se yerra frecuentemente. ¿Y qué han hecho los mártires de grandioso? Han padecido, y la sola paciencia (¡tan egrégia es!) bastó para coronarlos cerca de Dios y de los hombres. Pues la paciencia que ejercita el cristiano cien veces, no es de género nada distinto. Por las razones por las cuales padecieron unos el martirio, sufren otros la persecucion

y la envidia del enemigo, el deshonor y la injuria del malévolo, ó la befa del libertino, dejándose acaso herir ó maltratar: ¿cómo no han de ser estas almas generosas y comparables á veces con los mismos mártires?

III. Mas con el arma de la paciencia *se logran Luises y Estanislao, pero no Césares y Escipiones*. Es preciso haber perdido al propio tiempo la luz de la razon y la de la fé para formar un parangon del heroismo natural de los paganos con el divino de los Santos, y mucho más para posponer éste al primero; puesto que tanto excede la virtud de los Santos al valor de los héroes mundanos, cuanto el cielo dista de la tierra. Las empresas de los héroes son, por regla general, fruto de ardientes pasiones ó de venganzas brutales, ó de amor á las riquezas, ó de avidez de gloria, por lo que todo el ímpetu natural de las pasiones encendidas viene en su ayuda. Aun cuando sus empresas tienen un motivo más noble, como puede serlo el amor honrado á la patria, ó un pensamiento de justicia natural, si las pasiones naturales no son el motivo principal del obrar, lo auxilian. Al héroe que salva la patria con el sacrificio de sí propio, le ayudan los compañeros de la empresa, lo enciende el odio natural á los enemigos, lo inflama el amor al suelo natal y á la familia, y sobre todo el pensamiento de la gloria, que tanta fuerza tiene sobre los mortales. Hasta la necesidad de envilecerse con una accion deshonrosa, ó de poner en peligro la vida, colócale al lado la espuela, mientras que en las obras heroicas de los Santos nada de esto interviene.

Vedlo aun en aquel Luis Gonzaga, de quien se valen tan incicuamente para el ejemplo. Luis conserva, en medio de todos los incentivos de la corte, una pureza inmaculada. ¿Quién le auxilia en la lucha? Tiene contra sí la inexperiencia de la juventud, que abre demasiado la puerta á los pecados; el hervor de las pasiones, que son en aquella edad ardientes; el aura de la libertad, que respira en una corte; el ejemplo de los camaradas, efficacísimo

siempre tratándose de muchachos. A todo esto se añade un arma siempre fatal: la burla de los libertinos, y la tacha de necio ó escrupuloso porque se aleja de aquellos placeres á los cuales se abandonan otros. Si resiste la seducción y conserva su candor angélico, no tiene un teatro lleno de espectadores que lo aplaudan y animen. Considérese, pues, la solidez del propósito, la constancia de la voluntad y la firmeza de la fé que se requerian para permanecer incólume años enteros en medio de tales peligros, y dígase despues si hay algo en los héroes gentílicos que pueda compararse con tal jóven. ¡Desventurado siglo que no entiende incontinenti estas verdades, y que necesita personas que se las declaren! Pero vamos adelante.

IV. ¿Qué clase de virtud, prosiguen, es la *de tener en poco todas las cosas mundanas, y postergar la tierra en gracia del cielo?* Si estos principios católicos tomasen incremento, ¿quién pensaría ya en el comercio, en los Bancos, en los negocios y en las comodidades de la vida? Tal temor tuvo un hábil publicista en estos últimos años, y agitóle tanto, que conmovió tambien á muchos otros. Nunca he creído que hablase sinceramente; mas si era sincero, es mucho más digno de compasión.

Hacedme, lectores, ante todo la merced de advertir la audacia más que diabólica del que osa condenar al que pospone la tierra por el cielo. ¿Se han perdido hasta tal punto entre los católicos las enseñanzas de Cristo, que sin un grito universal se pueda oír semejante proposición? ¿No es doctrina de Jesucristo que el reino de los cielos se ha de conquistar á todo trance, y que siendo preciso, débese, para no perderlo, desconocer padre, y madre, y esposa, y hermanos, y cuanto hay en el mundo, hasta morir en medio de los más crueles tormentos, como lo han hecho millones de mártires? ¡Y ahora se viene á reprender al que arroja un poco de tierra por el cielo! ¡Y esto se oye, y hasta se encuentra quien lo repite ó aplaude!

Además, ¡habia de veras necesidad de tal pre-

dicación! Una de las llagas más pútridas del siglo actual es su amor desmesurado á los bienes del tiempo, que lleva en ocasiones al desprecio de Dios: vemos que los hombres recorren toda la tierra, escudriñan todos los mares, suben á la cima de todas las montañas, se hunden en el seno de los valles, se sepultan vivos en las entrañas de la tierra para extraer oro: todas las mentes están despiertas, y todos los corazones abiertos para la gran obra de acumular tierra: ¡y temen algunos que disminuya el amor á ésta! Más: la sed desmesurada de dinero llena el mundo de todos los delitos, porque, comenzando por el villano que en la campiña quita frutos del campo, hasta los especuladores que arruinan provincias y países para enriquecer á unos cuantos, se comete una multitud tal de fraudes, de hurtos, de usuras, de robos, de violencias y de asesinatos, que causa horror; ¡y temen que los hombres lleguen á olvidar la tierra! Temen que por amor al cielo no haya más mercados, y férias, compras y ventas; ni más vapores en marcha, ni más manufacturas en construcción, ni más puertos y calas para el comercio, ni más Bancos y Bolsas para el cambio; ¡y todo esto en gracia del cielo! ¡Los hombres, para ponerse en contemplación, para estar en éxtasis, y por deseo de ascetismo, no se cuidarán más de las ganancias, de las propiedades y de los intereses! Lectores: ¿qué decís? ¿Creeis que éste sea el peligro de la sociedad actual? Y, sin embargo, ruegan se les haga el favor de que, por piedad, no se olvide la tierra, ni se *postergue* en gracia del cielo.

Pero, hablando más seriamente: ¿quién ignora que hay en el hombre naturalmente una insaciable avidez á los bienes de la tierra, segun notó el Apóstol San Juan, avidez aguzada en nuestros dias de todas maneras, y que ha pasado á ser una especie de fiebre, como la llaman los mismos mundanos, aunque parecen casi enloquecidos por ella? Pues éstos vienen á echar en cara á Jesucristo que hace mal en contener sus ansias, en aconsejar el despeggo de los bienes, y en dirigir al cielo el corazón de

los hombres. ¡Buen Dios! ¡Qué ceguera es ésta! No son ménos ridículas las razones que aducen; á saber: que disminuirán el comercio, las relaciones recíprocas, y todo lo que se refiere á la humana comodidad, si los hombres no son estimulados; porque ¿quién no advierte que de aquellas cosas en las cuales está puesto nuestro interés material, y á las que nos llevan tan ardientemente las naturales inclinaciones, tanto no habrá jamás penuria entre los hombres, que será preciso, por el contrario, contenerles de todas maneras. á fin de que no se abalancen á ellas furibundos? Quien ha leído atentamente la historia de la humanidad, sabe que no es más que la relación de las rapiñas de los hombres. Fué, pues, un bien, hasta temporal y no pequeño, que la ley evangélica disminuyera este amor desordenadísimo, que lo templase, que hiciese hombres que, en medio de la comun avaricia, levantasen á lo alto una gran luz con el ejemplo de su vida desinteresada y desprendida de todo lo terreno, que moviese, por último, á las gentes, si no á despojarse de lo propio, á no arrebatar lo ajeno.

Fuera de que, aún concediendo (no hay todavía peligro alguno) que debieran el comercio, los Bancos, las sociedades y los otros elementos de la prosperidad temporal resentirse un poco del despegue de los bienes sensibles, promovido y recomendado por el Evangelio, ¿sería esto un mal tan grave? ¡Oh! ¿Qué? ¿Son los hombres tomados para el comercio, ó el comercio para los hombres? Si para obtener un bien tan desmesurado como nuestro fin último debiera sufrir algun detrimento la prosperidad temporal; y si por cualquier camino de hierro de ménos, ó por cualquier bolsa ménos floreciente, ó por cualquier bala de algodón ó de seda vendida á ménos precio se facilitase la vía de la bienaventuranza, ¿habrían perdido los hombres, los cristianos, hasta los católicos, el sentimiento de la fé, el amor á las cosas celestiales, y la persuasión de la vanidad de todo lo temporal, que juzgasen pérdida tal ganancia, y murmuráran y enloqueciesen? ¡Ah! Hay que estar bien sumergido y abismado en la he-

diondez de este mísero mundo para dar lugar á tan bajos conceptos. Aquí no se necesita la fé ardiente de los mártires: basta la luz ordinaria que tiene todo cristiano de alma no completamente perversa. Piénselo el lector, y verá dónde se pára el apostolado que algunos hacen del amor á la tierra.